



Ocio y cultura

Creación escénica y accesibilidad vivida desde la dramaturgia



Belén Vaz Luis

Socia de ASEPAU

Arquitecta. Especialista en accesibilidad universal y neuroarquitectura

[@belénvazluis](#)

Marcos López Vidal

Actor y dramaturgo

Cuando la accesibilidad atraviesa la escena

A raíz de la conversación mantenida con Jana Pacheco en la entrevista de este número —centrada en la accesibilidad como herramienta creativa integrada desde el origen de los procesos escénicos— tuve la oportunidad de conocer más de cerca el funcionamiento de «El Palomar de Jana Pacheco», su espacio de formación e investigación artística. Este proyecto, que combina acompañamiento creativo, dramaturgia, experimentación escénica y comunidad profesional, no se plantea como una escuela al uso, sino como un laboratorio donde el deseo, el cuidado y la exigencia artística conviven en igualdad.

En ese contexto y con ganas de saber más, conocí a Marcos López Vidal, participante del taller durante este curso. Actor con experiencia en escena y actualmente volcado en la escritura dramática, descubrí que Marcos convive con aniridia, una discapacidad visual grave que condiciona su relación con la luz, la orientación espacial y la memoria escénica.

En nuestras conversaciones aparecieron cuestiones que rara vez se formulan de manera explícita y que no dejan de formar parte de la experiencia cuando pensamos en la accesibilidad en las artes escénicas: cómo se memoriza un espacio antes de salir a escena, qué ocurre cuando la iluminación del resto de la sala juega en contra, cómo se gestionan los cambios escenográficos, o qué significa confiar en el equipo entre bambalinas cuando el diseño espacial no siempre está pensado desde el inicio para todas las circunstancias. Es importante mostrar esas experiencias y, por eso, la razón de este artículo en colaboración con Marcos.

No habla de dimensiones, protocolos ni de dispositivos; habla de identidad, de escritura, de perspectiva.

Curiosamente, nada de eso aparece en clave técnica —a lo que especialistas en accesibilidad quizá estemos más habituadas— en el texto que sigue. Y esa ausencia es significativa. Marcos no escribe desde el análisis estructural de la accesibilidad, sino desde la experiencia íntima de quien crea atravesado por ella. Su reflexión no se articula en términos normativos, sino emocionales. No habla de dimensiones, protocolos ni de dispositivos; habla de identidad, de escritura, de perspectiva.

Quizá ahí resida una de las preguntas de fondo de la temática de este número de la revista: ¿cómo dialogan la dimensión técnica de la accesibilidad y la dimensión poética de la creación? ¿Cómo se traduce una circunstancia corporal en lenguaje escénico sin reducirla a categoría? En mi opinión, no se puede diseñar desde ningún ámbito de la accesibilidad —arquitectónico, tecnológico o comunicativo entre otros— si no se tiene en cuenta la experiencia y la parte emocional de las personas que intervienen en esos procesos creativos —o como en cualquier otro proceso—.

A continuación, un texto de Marcos, en primera persona, respetando su forma y su voz, porque pensar la accesibilidad también implica escuchar cómo se vive desde dentro del proceso creativo.

Con el telón abierto y los ojos cerrados

A oscuras el teatro no se escribe, se escucha, se siente, simplemente... se intuye.

Antes de empezar, es imposible que tras mi visión del arte escénico no me parafrasee a mí mismo: «La poesía es la camisa del teatro, el arte que abraza el arte». No quiero que este artículo sea una metáfora, porque en mí, la anidada no lo es.

El teatro siempre ha formado parte de mi vida, ya desde pequeño me he subido a las tablas en un grupo de teatro para personas con discapacidad. Aún recuerdo cuando subía a escenarios hechos de estructuras de metal y tablones trémulos.

Pero algo crecía en mí, la actuación era solo una afición, una puerta de creatividad. Pero la escritura; fue desde pequeño una compañera que creció conmigo, y desde ese momento, ya éramos tres: la escritura, la distorsión en la vista y yo. Un trío intrínseco que se juntaban de manera superpuesta y trascendente; si solo faltaba uno de los tres, ya no sería yo.

La poesía se materializó luego: escribir no de fuera hacia adentro, todo lo contrario, escribir de dentro hacia afuera, como si el gesto fuera un radiador de palabras que se mezcla en las venas.

Más tarde, y como dicen los dramaturgos, apareció otro personaje: la escritura escénica, la dramaturgia, el control absoluto de una escena con unos personajes que en muchas ocasiones sorprenden incluso al autor, unos nombres que definen sin querer a quien escribe.

Hoy, la vista está más borrosa, y la cabeza da mil vueltas, tantas que, he intentado responder preguntas escribiendo escenas, porque mi razón no es suficiente; por eso necesito a personajes que griten lo que fuera de un escenario solo podría callarse.



Imagen 1: bastón cuya punta es una plumilla de pluma estilográfica.
Imagen generada con IA

Mi semilla dramática: el «Casi», el «Doler bonito», el «Grito desde el estómago». Eso no se finge, no se actúa, no se falsea; se vive. Y se vive tan fuerte, que una vida real no lo aguantaría, porque las tablas son como el papel que sostiene todo el peso de la realidad que se representa, todo lo que la vida real no podría cargar.

¿Saben? Muchos se suben al escenario para ser otra persona, pero yo escribo poesía y teatro para seguir siendo yo, y el día que no lo consiga, el triángulo que mencioné antes, perdería su conexión, condenado a ser para siempre dos líneas paralelas que no volverían a rozarse.

Aprender desde la equidad

No quería irme sin agradecer mi paso por el Palomar de Jana, porque ha conseguido crear en mí una cosa indispensable para hacer que no solo el poeta madure, sino también la persona. Ha conseguido crear la duda, pero no de la inseguridad; sino desde la evolución. Porque aprender a enseñar lo que el público ve, es tan poesía como escribir lo que el lector no sabe lo que necesita sentir.

La escena es un espejo: el público nos mira, y quienes creamos la escena hacemos que el público pueda mirar.

Pero no solo soy poesía; es de recibo remarcar mi experiencia más actual con lo que realmente me apasiona: escribir.

Desde el inicio, recuerdo la primera llamada con Jana, y la verdad, tenía algo de miedo, porque, nunca quise ser «la carga, el diferente, el eslabón débil»; sin duda un autojuicio erróneo de lo que el espacio de El Palomar nos ofrece.

Y es que estar acostumbrado a la compasión, a que den más valor a lo que creo, solo por el hecho de que me cuesta más... No, aquí entendieron perfectamente que la dramaturgia empieza en el corazón, no en los ojos.

Mi experiencia aquí está siendo un auténtico descubrimiento: un espacio donde no ver solo significa ver de manera diferente.

Mi experiencia aquí está siendo un auténtico descubrimiento: un espacio donde no ver solo significa ver de manera diferente, donde la poesía se hace con el cuerpo, la música, la danza... el silencio en la escena.

Si hablamos de accesibilidad, he sentido que todas las imágenes, conceptos y términos —sobre todo visuales— son descritos con una naturalidad tan orgánica como quien dice una frase «puente», la cual enlaza un tema con otro.

Ofrecer ayuda a quien la necesita le quita el rol de «molestia» y le da el de «reconocimiento».

Gracias por hacérmelo no más fácil, sino simplemente equitativo. Gracias por darme la oportunidad de estar a la altura. Gracias por ayudarme antes incluso de que lo pida, porque ofrecer ayuda a quien lo necesita le quita el rol de «molestia» y le da el de «reconocimiento».

También no quería despedirme sin dar gracias a la familia de la cual heredé mi aniridia, y que, si volviera a nacer, volvería a elegir, aunque la discapacidad me acompañara de nuevo.

Aquí viene la paradoja: *el teatro no necesita vista, necesita perspectiva.*

Atentamente,

M. Adrugada